

Las influencias grecolatinas en *Palimpsesto azul* de R. Guarino

[The Classical Greek and Latin influences in *Palimpsesto Azul* of Rosario Guarino]

Ángela Sánchez-Lafuente Andrés*

Universidad de Murcia

En los primeros días de Marzo de este año de 2015 salió a la luz la segunda edición de *Palimpsesto Azul*¹, poemario de temática amorosa de la Profesora Titular de Filología Latina del Departamento de Filología Clásica de la Universidad de Murcia, Rosario Guarino Ortega, que ya había publicado anteriormente algunos relatos y poemas.² En este libro, que ha sido objeto de abundantes y elogiosos comentarios por parte de acreditados escritores,³ contemplamos a una gran poeta en la que su formación filológica⁴ ha proporcionado un caudal de lecturas de poetas griegos y latinos, llenas de ideas y sentimientos, algunos de los cuales hizo suyos desde el primer momento; en ellos se encontró a ella misma, y por eso forman parte sustantiva de muchos de sus versos, emergiendo con la naturalidad de lo vivido.

En este somero estudio pretendo comentar aquellos poemas en los que es evidente la influencia de autores clásicos, si bien toda su poesía está impregnada siempre del mundo grecolatino, pudiendo la autora no ser consciente en muchas ocasiones de esa realidad.

Empiezo por mostrar mi acuerdo con las palabras introductorias de Rosario Guarino en el preámbulo de su libro: “ Toda vida es el resultado de una concatenación

* Dirección para correspondencia: Departamento de Filología Clásica, Universidad de Murcia, 30008, Murcia. E-mail: angelal@um.es

¹ Rosario Guarino, *Palimpsesto Azul*, Raspabook, 2015 (2014¹).

² Así, en *Caxitán, Manifiesto Azul, Gatos y Mangurrias, Ágora, Papeles de arte gramático y Acantilados de papel*.

³ Valgan de ejemplo los nombres de Vicente Cervera, Eloy Sánchez Rosillo, Santiago Delgado, Antonio Vicente Frey o Noelia Illán.

⁴ Licenciada y Doctora en Filología Clásica por la Universidad de Murcia, es hoy en ella Profesora titular de Filología latina. En sus investigaciones ha frecuentado a los autores grecolatinos, en especial al poeta Ovidio, del que se ocupó en su Tesis Doctoral.

de vivencias, a menudo recurrentes...” (p. 17), y con lo acertado del título, por lo que sigue exponiendo en el mismo preámbulo: “todo deja su huella indeleble, que se incorpora sin remedio a nuestra existencia...” y también con la afirmación del escritor Santiago Delgado en su excelente *Prólogo* a este libro: “El vector que define el destino buscado de la literatura no es la catarsis del escritor -fin subsidiario que no interesa al arte- sino lo que la autora pudo sentir o imaginar en ese estado de *abundantia cordis* [...] En el caso de Rosario Guarino Ortega, doctora en Filología Clásica y ávida lectora, que conoce bien todos los tópicos de la poesía universal, ayudada por tantas lecturas y comentarios de los clásicos, bien se puede asegurar que es así...” (p. 13).

Me da la pauta para comenzar estas páginas la propia autora: “El amor, el más impune de los sentimientos humanos y, al mismo tiempo, el más ajeno al entendimiento, es esencialmente universal, lo que hace que puedan ponerse tanto en boca de una mujer contemporánea como de cualquier mujer enamorada de cualquier momento de la historia de la Humanidad (...). Tal podría ser el caso de las heroínas de la Antigüedad grecolatina como Hero, Deyanira, Ariadna o Penélope, mujeres míticas cuya leyenda nos habla de un amor singular y a las que autores clásicos como Eurípides y Ovidio -por poner dos ejemplos conspicuos- libraron de caer en el olvido mostrándolas como seres de carne y hueso, con sus debilidades y su capacidad extraordinaria de amar”. Uniéndome a ese pensamiento suyo trataré de analizar cuánto hay de influencia de los autores clásicos en los versos de este poemario.

A mi entender todo poeta acumula en su memoria un bagaje latente de cuanto ha leído y asimilado a través de su vida. Es el inconsciente colectivo, que diría la Psicología: llevamos en nuestra mente no sólo las experiencias vividas, sino las que vivieron otros seres que existieron antes que nosotros y que forman parte de este gran acervo cultural y artístico que determina que ante una misma imagen o ante unas mismas palabras, los artistas, no por imitación -eso sería banal- sino porque hay un resorte recóndito, actúen o reaccionen de la misma manera que otros lo hicieron hace siglos. Por eso es por lo que artistas de muy diferente épocas y países supieron encontrar las claves del arte y, merced a su categoría de artistas, fueron capaces de plasmar en sus obras los gozos y las sombras de su existencia: El amor, la esperanza, la alegría, el desengaño, la desdicha, la añoranza, la nostalgia y la palabra que compendia a estos últimos: el dolor. Y no por mera descarga de los sentimientos, sino por escribir con maestría para el lector, para el oyente, para quien lo ve y escucha, para quien se siente implicado en ese relato, en ese poema, en esa escultura, en esa pintura

o en esa música, tan acorde con la poesía desde siempre. Saber hacer que quien escucha o ve se sienta protagonista es un arte, presente en esta obra y de la que puede gozar el lector al acercarse a ella.

Escuchemos las palabras de la autora cuando, al final de su preámbulo, a su vez hace suyas las de Octavio Paz en su ensayo sobre el fenómeno poético, que lleva por título *El Arco y la Lira*, que apareció en 1957: “Escribo porque concibo la literatura como un diálogo con el mundo, con el lector y conmigo mismo, y el diálogo es lo contrario del ruido que nos niega y el silencio que nos ignora (...). Cada lector busca algo en el poema y no es insólito que lo encuentre: ya lo llevaba dentro”.

En lo que a mi comentario se refiere me siento por completo protagonista como apasionada lectora de los clásicos grecolatinos y de los españoles, cuyos ecos pueden encontrarse por doquier en este poemario de la profesora Guarino, que, sin ella buscarlo, afloran en sus versos plenos de sonoras cadencias y acertadas aliteraciones.

Los temas recurrentes son, como no podía ser menos, Eros y Anteros, en consonancia con elementos también recurrentes de la poesía universal, como pueden ser la noche, la luna, el alba, el mar, el río, la nave, el viaje, el naufragio, el sexo, las lágrimas, o la sonrisa, a menudo furtiva o fugaz, y muchas veces rememorada, o, más propiamente, recordada.⁵

Sin que pueda decirse que el poemario esté concebido como un homenaje al mundo antiguo ni que su tema sea mitológico, es innegable, como ya he apuntado, la huella de la Antigüedad grecolatina en él. Desfilan por los versos de *Palimpsesto Azul* poetas como Safo, Catulo, Horacio u Ovidio, obras como *Anacreóntica*, y personajes mitológicos -bien sean aludidos de forma directa, bien indirectamente- como Ariadna, Penélope, Selene, Orfeo, Eurídice, Hades, Anfión, Galatea, Pigmalión, Pandora, Fortuna, Eros, Afrodita, Midas, Morfeo, Cronos, y otros seres del universo mítico como unicornios, centauros, Pegaso o el ave Fénix, dotados de gran carga simbólica y alegórica, amén de lugares como el Hiblea, o *loci amoeni* donde es propicio el amor.

Algunos de los títulos están formulados en latín, como “*Carpe diem*” (p. 26), “*Desiderata*” (p. 35) o “*Hic et nunc*” (p. 26), y encontramos expresiones en la lengua del Lacio (*iacta alea est*) o las alusiones a doctrinas filosóficas, episodios o

⁵ No es necesario decir que “rememorar” es el acto de volver a traer a la mente una vivencia, mientras “recordar” tiene que ver con el corazón, la sede de los sentimientos, con lo que esto implica a nivel emocional, pues recordar tiene un matiz afectivo del que a priori carece rememorar.

lugares que remiten a la Antigüedad o son reminiscencia de la misma (Troya, victoria pírrica, Pitágoras y la teoría de las esferas, el estoicismo o el epicureísmo).

De entre los autores de la Antigüedad puede decirse que Safo está omnipresente en este poemario, como un imán que seduce y es hilo conductor de la melancolía, la desesperanza, la nostalgia o el desengaño.

Precisamente al desengaño lo acompaña con frecuencia la luna, la misteriosa Selene, amante según distintas versiones de Zeus, Pan o Endimión. Así, en “Figuraciones” (p. 43), el tapiz de estrellas está en consonancia con la creencia de que Selene recorre el Cielo montada en un carro de plata guiado por dos caballos, que imaginamos brillantes y argénteos. La luna como tema recurrente estaba presente en Safo y lo vemos en Guarino, enlazando temáticamente a ambas poetisas, como amargo símbolo del abandono y el olvido.

*Fuente de fuego ardiente,
ígneas rocas de lava,
mar profundo y oscuro
de insondable misterio,
tanto como la luna,
con su tapiz de estrellas...*

También en “Ausencia a la luz de la luna” (p. 53) Selene es coprotagonista, junto a la amante, y en cierto modo protectora de aquella, que se presenta perfumada de jazmín como la noche, donde resaltamos el brillante zeugma (figura predilecta de Guarino), y es comparada en su proceder con Penélope, que teje y desteje incansable; al igual que ella misma, en su eterno ciclo, crece y decrece sucesiva e indefinidamente:

*En tanto que tu ausencia
iza en mí su estandarte,
y me empapo de noche,
de jazmín perfumada,
persistente
en su cíclico periplo,
cual Penélope
destejiendo los días,
inaugura Selene,
inspiradora*

*de poetas
noctámbulos y heridos,
un nuevo novilunio
de esperanza*

Siempre cabe en la poesía de Guarino -cual si de la caja de Pandora se tratara-, la esperanza, que se vislumbra como un tesoro que irradia luz sobre las tinieblas nocturnas, trasunto de la oscuridad del desengaño amoroso. Así ocurre en este poema y así de nuevo en el que cierra el conjunto, titulado “La espera” (p. 68), una espera ciertamente esperanzada, en la que no se pueden negar los ecos del fragmento 94 D de Safo, que duerme sola cuando se han ocultado ya la luna y las Pléyades.

Aunque como hemos dicho Safo es una presencia permanente en la poesía de Rosario Guarino, a veces aparece tamizada por el filtro de Catulo, como en el caso de “Añoranza” (p. 65), y también en “Pequeños placeres”:

*Resuena en mis oídos
el timbre de tu voz inconfundible
(...)
Y revivo queriendo y sin querer,
el calor de tu aliento,
cuando al punto un escalofrío
entera me recorre,
y palidezco.
Enseguida, un rubor
ocupa su lugar (...).*

cuyos *signa amoris* remiten al poema 51 de Catulo, que puso en latín con su particular sello, el fragmento 31 de la poetisa griega.

De nuevo, en “Pequeños Placeres” (p. 65), encontramos reminiscencias sáficas con la alusión a la presencia del amado, y a la sonrisa, que en este caso adorna los labios de la poetisa, y que comienza con un guiño al poema de Neruda.

*Me gusta que me hables.
(...)
Sonreír porque sí, sin enigma,
sólo porque me gusta
que te sientes junto a mí,*

*y me hables,
tal vez porque yo sepa
que (...)
nunca antes
tanta dicha has sentido.*

La presencia del poeta veronés, en concreto los versos 7-13 del *carmen* 5, es manifiesta en “Pactos” (p. 23), uno de los poemas de tema más desenfadado:

*Con Morfeo, aún
lo llevo medio bien,
pero con Cronos
no consigo un acuerdo:
no me permite
dedicarme a otra cosa
que a contar
los segundos que faltan,
por volver a tu encuentro,
pero se embrollan,
no sé si juguetones,
o tal vez cautelosos,
para huir de rumores
de severos ancianos
y comadres añejas
sin ningún otro oficio
que el más viejo de ellos:
llevar al día la cuenta
de las vidas ajenas...*

Versos del *vesanus Catullus* que de nuevo y de modo novedoso se hacen presentes en “Mundo virtual” (p. 24):

*Besos y más besos
con abrazos
que circulan
por el ciberespacio
automáticamente,*

*o bien en forma
de onda hertziana,
intentando completar
la cuenta de los miles
del loco de Catulo...*

En mi opinión aquí la autora va más allá que Catulo, pues además del empleo de neologismos que crean un espacio no sólo mágico, sino también metalingüístico, este poema tiene un cierto aire de misterio que está entroncado con la magia del universo, con la música de las esferas y con la geometría, y que parece tener ecos de Lucrecio. Los besos no se pierden: se unen a otros de otros amantes y se multiplican, después de haber circulado -sí, tal vez en círculo- por el eterno espacio. Son los círculos los que atraen a nuestra autora, como confiesa en “Soledad compañera” (p. 62):

*Tengo que confesarte
que, igual que tú, no he sido
afín a los triángulos,
ni siquiera equiláteros.
Me van más bien los círculos,
perfectos e infinitos,
en recurrencia eterna
ondas de reincidencias. (vv. 8ss.).*

Encontramos la soledad frente a la esperanza, la búsqueda de la armonía, del círculo y su perfección, de la adecuación del microcosmos y el macrocosmos, la eternidad y el eterno retorno, ideas todas “reincidentes” en sus poemas, como esas ondas circulares.

Pero si Catulo influye en la poesía de la profesora Guarino Ortega no lo hacen menos Horacio y Ovidio. La presencia del primero es explícita y muy evidente en “*Carpe diem*” (p. 26), desde el mismo título:

*Disfruta intensamente
del instante
que la vida te ofrezca,
dadivosa,
procura conservar*

*su lozanía
 y acepta agradecido
 todo cuanto, con generosidad,
 ponga a tu alcance,
 más no quieras
 aún más allá llegar.*

donde no podemos evitar que venga a la memoria las palabras de Horacio: *Tu ne quaesieris, scire nefas, ut melius, quidquid erit, pati*, “*sapias, vina liques*”, y no solo estas, además del *carpe diem*, de la famosísima *Oda a Leucónoe* (c. 1, 9).

En “Pócima” (p. 25) hay de nuevo ecos de Horacio, pero no pueden olvidarse los de la Medea de las *Metamorfosis* de Ovidio y de la Circe homérica, así como de Teócrito y sus ambientes tesalios poblados de hechiceras y adivinas.

*Y ahora que ya no estás
 no hago otra cosa
 que pensar en volver
 a urdir algo nuevo,
 para que cuanto antes
 regreses ya a mi lado
 y por siempre aquí te quedes.*

En el poema “De carne y piedra” (p. 28) la autora recuerda y a la vez recrea el mito de Pigmalión, llamando, como se suele, Galatea, a la estatua-mujer que quedara innominada en los textos latinos.⁶

*Tu larga ausencia, amor,
 me hiela las entrañas
 ¡Si tan solo un milagro te trajera!
 Y me viene a la mente Galatea,
 y yo, mujer mortal,
 (...).*

⁶ Puede verse sobre el nombre de Galatea A. Ruiz de Elvira, *Mitología Clásica*, Madrid, Gredos, 1984, p. 460.

La presencia de Ovidio se deja también sentir claramente en la poesía de la autora, por ejemplo en “Hic et nunc”:

*Hay un lugar
que encierra
los besos y caricias
que nos dimos,
(...).*

en que se perciben paralelos la descripción que hace Ovidio del palacio de la Fama (met. 12, 39-63).

También Ariadna, aunque no nombrada explícitamente, está presente en “Abandono” (p. 55), que dice así:

*Confusión, desamparo, el alma en carne viva
y en la mente la duda martilleando inquieta:
si existió alguna vez o fue sólo quimera.
(...).*

El poema “Trampas” (p. 42) remite a la Ariadna catuliana (c. 64), y la heroida 10 de Ovidio, en las que está, como en Guarino la Dido virgiliana. Al igual que Ariadna, abandonada a su suerte, la protagonista sueña esperanzada con un futuro en el que consiga ser liberada por la alegría arrebatadora de Dioniso de la tristeza que la consume por el abandono del pérfido amante que la ha dejado sumida en la desolación y el llanto:

*Atrapada entre tus sentimientos
y mis dudas perpetuas,
(...)
empeñada en deshacer los nudos
de un ovillo
cuajado de enredos.*

En “Temores infundados”, uno de los poemas más extensos del libro, la autora se contempla desde fuera, y a su otro yo lo ve dudando en si quiere (que lo quiere) o no que le clave Cupido su más aguda flecha en la entrañas, y, en una preciosa imagen que evoca la entrada de los griegos en Troya, deseando sentirse victoriosa.

*Juegas a que no quieres
 pero quieres
 que Cupido te clave
 en las entrañas,
 su flecha más aguda,
 (...)
 Quieres que (...)
 como en Troya,
 se abran de par en par
 las puertas
 ha poco inexpugnables.
 Y pasar bajo el vano
 triunfante y victoriosa.*

También Anfión y Orfeo están presentes en “Un amor de película”, y encontramos nombres, versos e imágenes que sería imposible mencionar en estas páginas, pero siempre surgen desde lo profundo del alma de la poetisa, que los ha hecho suyos, y que, como la abeja con las flores, los devuelve hechos miel. Como filóloga ha podido servirse de los versos de sus poetas predilectos para decir lo que quería, siendo uno los mayores méritos que en sus poemas están los recursos estilísticos que bien conocía por haberlos estudiado y explicado, pero en ninguno de sus poemas se reconocen como deudas; la filóloga, que ha leído a Sófocles, Ovidio, Teócrito, Catulo y un largo etcétera, que se identifica con Ariadna, Antígona o Penélope, o la que sabe todo de la Selene mítica se esconde bajo el velo de la poesía; y todo fluye, sencillo, humano, y profundamente suyo, desde su propio ser. Se trata sin duda del modo más noble de hacer propias y actuales las influencias grecolatinas, en este caso en el campo del amor, ligado inexorablemente al dolor. Suyas son todas las quejas y reproches de las amantes desdeñadas, mitológicas o de carne y hueso, que podrían resumirse en aquella suprema lamentación de Dido a Eneas en el verso 165 de la *Heroida* décima de Ovidio:

Quod crimen dicis praeter amasse deum?